

IV.

Doña Segunda, viuda de Sarmiento
 Gravemente enfermó
 Y muy luego en hacer su testamento
 Al Notario ocupó.
 Declaró en la cláusula tercera
 Seis mil pesos dejar ;
 Previendo que así se repartiera
 Aquél dicho caudal ;
 Las dos terceras partes á Cementerio
 El huérfano que crió ;
 Una sexta de auxilio al cementerio
 Que estaba en construcción
 La cuarta parte fué para la escuela
 Que entonces se fundó ;
 Acto que en su alma elevación revela
 Y un noble corazón.
 Como herederos ella no tenía
 Su plata repartió ;
 Y de esas tres saber yo deseaba
 A cómo les tobo ?

V.

José Antonio Maldonado,
 Comerciante por mayor,
 Al joven Ernesto Vivas
 Este negocio le dió :
 Una gran suma de pesos
 Maldonado á Vivas dió,
 Para que cacao comprara
 Ganando la la comisión ;
 Por nueve arrobas compradas
 Quince reales le ofreció ;
 Le entregó dos mil arrobas,
 ¿ Cuánto en esto le ganó ?

VI.

Hace poco que murió
 Mondragón doña Josefa,
 Que por ser señora sola
 Y sin ninguna ascendencia,
 Ni descendientes legítimos,
 Así repartió su herencia :
 La octava parte á un pariente,
 La mitad para la iglesia,
 Y dio para ciertos pobres
 Otra parte, la tercera ;
 El sobrante de cien pesos
 Que resultara en la cuenta
 Para misas lo dejó
 Que por su alma le dijeran ;
 Hoy saber se quiere, pues,
 ¿ A qué el caudal ascendiera ?

VII.

Dos mil ochocientos pesos
 Al quince por ciento anual,
 En un año, nueve meses
 ¿ Cuánta ganancia será ?

VIII.

Un potrero don Juan tiene
 Donde llaman "Espinal ;"
 Las cercas ya se han caído
 Y las va á refaccionar.
 En otros tiempos diez peones
 Veinte días solían emplear,
 Para cercar el potrero
 Del susodicho don Juan :
 Hoy quiere este mismo dueño
 Con treinta peones cercar,
 El referido potrero
 ¿ Cuántos días emplearán ?

IX.

Un profesor que ganaba
 En una Universidad,
 Doseientos pesos mensuales
 Por idiomas enseñar ;
 Murió de un violento cólico
 El año sin terminar :
 Mas sirvió doseientos días,
 ¿ Qué en eso pudo ganar ?

X.

En un potrero
 Don Peregrino,
 Tenía cebando,
 Treinta novillos ;
 Quiso venderlos
 Y el precio fijo,
 Fué pesos fuertes
 Cuarenta y cinco.
 (Esto se entiende
 Cada novillo),
 Hoy saber quiere
 Don Peregrino,
 ¿ Qué suma en fuertes
 Va á su bolsillo ?

XI.

La ventera de la esquina
 Y que llaman Estefana,
 Recibió un grande negocio
 Que le remitió Pedro Arias ;
 Se componía de tabaco,
 De sal y de azúcar blanca ;
 Para que aquesta vendiera
 Y su comisión sacara,
 La cual era á real el peso.
 Si la memoria no engaña.
 Ella realizó el negocio
 En muy legítima plata ;
 Seiscientos pesos, tres reales
 En su mesa vió Estefana,
 Y averiguar ella quiere
 ¿ Cuánto de esto es lo que gana ?

EL ARTE DE RECORDAR.

Escrito en inglés por Hanney—Traducido y adaptado
 POR JOSÉ DELGADO,
 (Continuación)

CAPÍTULO VII.

Auxilio que presta la poesía á la memoria.

A veces, es mucho más fácil recordar unas pocas líneas en verso, que una simple relación. Esto es tan sabido, que muchos hechos importantes que se desea grabar en la memoria han sido reducidos á versos, para que los niños los aprendan prontamente.

La rima ejerce una notable influencia sobre la imaginación, tanto para grabar en ella más fácilmente lo que se desea, como para hacer que el recuerdo sea duradero ; y por medio de ella se consigue fijar para siempre cosas insignificantes que, simplemente referidas, pronto se habrían olvidado.

El número de días que tiene cada mes, por ejemplo, se sabe de memoria por toda clase de personas con estas simples líneas.

PROYECTO DE INVESTIGACIONES
 LA PRACTICA PEDAGOGICA
 DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

Treinta días trae setiembre
 Con abril, junio y noviembre;
 Veintiocho solo tiene uno
 Y los demás treinta y uno.

Por medio de la poesía se pueden recordar otras tantas cosas importantes y útiles, tales como los nombres y el orden de sucesión de los mandatarios de un país, el orden en que se han fundado sus ciudades, los nombres de los lugares en que ha tenido lugar combates notables durante una revolución & &

El siguiente trozo, por ejemplo, puede servir para grabar en la memoria los nombres de los Presidentes de los Estados Unidos de Colombia, desde 1819 hasta 1872 y el orden en que se han sucedido:

Fué primer Presidente el Gran Bolívar,
 Después, el bravo General Caicedo,
 A este siguió don Joaquín Mosquera,
 De gallarda apostura y claro ingenio.
 El cuarto fué Urdaneta, y entre ruido
 Volvió de nuevo el General Caicedo;
 Obando subió al solio y luego Márquez
 Fué el octavo Santander, el gran guerrero,
 Sostén subió y augusto de las leyes
 Y poderoso defensor del pueblo.
 Márquez de nuevo penetró en palacio.
 Y de los Presidentes fué el noveno
 El décimo fué Herrán, después Mosquera,
 Guerrero de valor y de talento
 Y antecesor de José Hilario López,
 República ejemplar en todo tiempo.
 Volvió al poder Obando; luego Herrera
 Y Obaldía y Mallarino suben presto,
 Siendo de Ospina y Calvo precursores
 De la política en el vario juego.
 En el sesenta el General Mosquera
 Toma el mando civil como supremo,
 Hasta que la alta Convención se instala
 Y á Mosquera declara Jefe electo.
 Por algo que no importa, Uribeochea
 Como suplente gobernó y por cierto
 Que le cupo el honor de preceder
 Al gran Murillo, en ese alto puesto.
 Como suplente entró Rojas Garrido,
 Y otra vez presentase de nuevo
 El General Mosquera á quien elige
 Su Presidente el colombiano pueblo.
 Una secreta y breve evolución
 Elevó á Acosta al más honroso puesto,
 Y vinieron tras él Santos Gutiérrez
 Y Salgar, progresista sin ejemplo [*]

Pudieran agregarse otros muchos ejemplos sobre Geografía, Historia, Zoología y otros ramos de educación.

Mientras peor sea la poesía, mejor corresponderá al efecto indicado, porque lo absurdo suele á veces imprimirse en la imaginación más firme

(*) Esta composición análoga á la del texto inglés, ha sido hecha, por suplica del traductor, que no sabe hacer versos, por un joven poeta papayameño.

mente que lo selecto. Así los pequeños trozos de poesía y las cauciones burlescas introducidas en la "Historia Cómica de América por Bellow," aunque probablemente tienen por objeto divertir al lector y atraer la risa, se encontrarán admirablemente adecuados para grabar en la mente los hechos principales de la historia del país.

(Concluirá.)

EL CARACTER

POR SAMUEL SMILES

(Traducción de Venancio G. Máurique).

(Continuación.)

Bernardino de Saint-Pierre, que servía como oficial ingeniero á órdenes del Conde de Saint-Germain durante la campaña de 1760, en el gran ducado de Hesse, se familiarizó muy en breve con todos los horrores de la guerra. Todos los días tenía que atravesar pueblos que habían sido entrados á saco, granjas y campos devastados, encontrando á su paso hombres, mujeres y niños que lloraban amargamente y que abandonaban sus hogares, porque por doquiera iban los soldados destruyéndoles el fruto de su trabajo y jactándose de ello. Pero, en medio de tantas abominaciones, Bernardino de Saint-Pierre sintió algún consuelo ante un rasgo sublime de carácter que vió en un pobre hombre cuya choza se encontraba al paso del ejército, y que él narra en estos términos en sus *Estudios de la naturaleza*:

"Un capitán de caballería, á quien mandaron en busca de forraje, se dirigió á la cabeza de su tropa al punto que se le designó, y que era una cañada solitaria en que no se veían sino bosques. Devisó una humilde cabaña y llamó á la puerta, á la cual se presentó un viejo *hernhuter* de barba blanca.—Amigo, le dijo el oficial—indícame un campo en que pueda forralear para mis caballeros.—Al punto le contestó el *hernhuter*,—y, sirviéndoles de guía, los fué conduciendo por la cañada. Después de un cuarto de hora de camino, encontraron un hermoso campo de cebada.—Esto es lo que necesitamos,—dijo el capitán.—Aguardad un momento,—le replicó el conductor,—y quedareis contentos. Siguieron andando, y llegaron á otro campo de cebada. Echó plé á tierra la trapa, segó la mies, la puso al auca, y volvió á montar. El oficial le dijo entonces á su guía: Amigo, nos has hecho andar mucho sin necesidad; el primer sembrado era mejor que este.—Es cierto, señor,—replicó el anciano,—pero eso no era mo."

El estudio de la historia natural, más aún que el de las otras ciencias, parece comunicar á sus aficionados una dosis más que ordinaria de ecuanimidad y contento; y de ahí resulta que la vida de los naturalistas se prolonga más que la de los otros sabios. Un miembro de la Sociedad lineana de Londres nos ha dicho que, de entre los miembros que murieron en 1870, dos tenían noventa años, cinco, más de ochenta, y dos, más de setenta. La edad média de todos los miembros que murieron en ese año, era de sesenta y cinco años.

Adanson, el botánico francés, tenía más de setenta años cuando la revolución estalló y en el trastorno general todo lo perdió—su fortuna, sus destinos y sus jardines; pero su paciencia, su valor y su re-

signación jamás le abandonaron. Pronto quedó reducido á la mayor miseria, y careció hasta de alimentos y de vestidos; y, sin embargo, su afición al estudio en nada cambió. Invitado un día por el Instituto para que, como uno de sus miembros más antiguos, concurrese á una sesión, Adanson manifestó que sentía no poder asistir porque no tenía zapatos. "Era un espectáculo conmovedor," dice Cuvier, "ver al pobre anciano, agachado sobre las cerizas de un fuego que se apagaba, tratar de trazar con mano temblorosa algunos caracteres en un pedazo de papel, o vidando así todos los sinsabores de la vida, y dejándose absorber por cualquiera nueva idea sobre historia natural, que le venía como hada benéfica para alegrarle en su soledad.

El Directorio le dió una corta pensión, que fué doblada por Napoleón, y al fin una muerte apacible vino á aliviarle de sus penas á los setenta y nueve años de edad. Una cláusula de su testamento, relativa á sus funerales, pinta el carácter del hombre. Declaró que deseaba que el único adorno de su taud fuese una guirnalda de flores, suministrada por cincuenta y ocho familias de plantas que él había establecido en el mundo. Débil, pero conmovedora imagen del monumento más durable que él se había levantado con sus propias obras.

Estos son algunos ejemplos de la jovial actividad de los grandes hombres; y podríamos citar otros muchos. Toda naturaleza capaz y sana es alegre y risueña: su ejemplo es contagioso y expansivo, anima y alienta á todos los que están al alcance de su influencia. Cuentan de sir Juan Malcolm que, estando en la India, al punto en que se presentaba en un campamento en que reinaba la tristeza, "producía el efecto de un rayo de sol.... Nadie se separaba de él sin llevar la sonrisa en los labios. Siempre era joven Malcolm, y era imposible resistir á la fascinación que su simpática presencia producía."

Burk también era de un genio muy alegre. Un día, en una comida en casa de sir Josué Reynolds, como versase la conversación sobre los licores adecuados á tal ó cual temperamento, dijo Johnson: "El vino de Burdeos es bueno para los jóvenes, el oporto para los hombres, y el aguardiente para los héroes."—"Entonces," dijo Burk—"¡dado burdeos; me gusta ser todavía joven y recobrar la indolente alegría de los días de mi infancia." Así es que hay viejos jóvenes, y jóvenes viejos; los unos, aun en edad avanzada, son alegres y joviales como si fuesen jóvenes; los otros apenas salen de la infancia cuando ya están tristes y melancólicos como viejos atrabiliarios.

En presencia de algunos jóvenes fatuos oímos á un anciano muy amable declarar que, según todas las apariencias, pronto no habría en el mundo sino "niños viejos." Como la jovialidad es de índole generosa, pura y cordial, jamás es característica de los bribones. Al ver á ciertas personas de aspecto muy comedido, pero que le parecían faltas de calor y de arrojo, Goethe solía exclamar: "Oh! si tuvieran siquiera valor para cometer cualquiera tontería!"—"Lindos muñecos," añadía al hablar de ellos, y se retiraba por no verlos.

La verdadera fuente de la jovialidad son el amor, la esperanza y la paciencia. El amor evoca el amor y hace nacer la benevolencia; el amor abriga para con los demás, pensamientos generosos y confiados; es caritativo, dulce y sincero; sabe discernir lo que es bueno; mira las cosas por su lado más bello, y

siempre tiene la faz vuelta hácia la felicidad. El ve "esplendor hasta en el césped, y en la flor el destello del sol;" alienta los pensamientos felices y vive en una atmósfera de contento; no cuesta nada, y, sin embargo, es inapreciable, porque llena de bendiciones al que lo posee y espere la felicidad en derredor suyo. Hasta sus mismos pesares tienen alguna mezcla de placer, y hasta sus lágrimas van acompañadas de cierta dulzura.

Bentham asienta como principio que todo hombre aumenta el capital de sus placeres á medida que se los proporciona á los demás. Su bondad atrae la bondad, y su felicidad se acrecienta con su propia benevolencia. "Una buena palabra"—dice—"no cuesta más que una mala. Las palabras cariñosas producen acciones caritativas, no solamente en el que las recibe, sino también en el que las pronuncia; y esto no sucede una sola vez, por acaso, sino habitualmente, en virtud del principio de asociación....." "Puede suceder que el esfuerzo benéfico no siempre aproveche á los que fueron objeto de él; pero, si va prudentemente dirigido, aprovechará seguramente á su autor. Los testimonios de simpatía y de afecto son algunas veces pagados con la ingratitude, pero nada puede arrebatárle al que los da el contento de sí mismo, que es su recompensa. ¡Nos es tan fácil derramar en derredor nuestro, y á tan poca costa, semillas de cortesía y de caridad! Algunas caerán inevitablemente en buen terreno y regarán en los corazones gérmenes de benevolencia, pero todas serán fuente de felicidad para el que las haya sembrado. Las virtudes son siempre bendecidas una vez por lo menos, y á menudo reciben una doble bendición."

El poeta Rogers contaba gustoso la historia de una niña que era el ídolo de todos los que la conocían, y la cual, como alguien le preguntase: "¿En qué consiste que todos los que quieren tanto?"—respondió—"Creo que es porque yo quiero á todo el mundo." Esta contestación tan sencilla es susceptible de una vasta aplicación; porque nuestra felicidad como seres humanos es, en general, proporcionada al número de objetos que amamos y al número de objetos que nos aman. Los mayores triunfos de este mundo, por muy honradamente que hayan sido alcanzados, muy poco podrán contribuir á hacernos felices, si no van acompañados de un amor muy vivo hácia cada uno de nuestros semejantes.

Grande es por cierto el imperio que tiene la bondad. Leigh Hunt tuvo razón cuando dijo "que el poder mismo no tiene tanta fuerza como la dulzura." Siempre se dejan los hombres gobernar por sus afectos; y hay un proverbio que dice: "Con la dulzura todo se consigue;" y otro, más vulgar aún, que tiene la misma significación: "Más apaga buena palabra que caldera de agua."

"Todo acto de bondad," dice Bentham—"es una manifestación de poder y fundamento de una amistad; y, ¿por qué no ejercer el poder para conseguir más bien el placer que la pena?"